

PERSONAS DESPLAZADAS

Verse desplazado del propio país de origen, crianza y educación –la experiencia de más de 175 millones de personas en el mundo, según las estimaciones más moderadas– es una sacudida tal vez comparable en su impacto a la de la guerra, el hambre crónica o el encarcelamiento¹. Comparte con éstos su raíz en el *odium theologicum* de quienes ejercen el poder en la modernidad, aunque el desplazamiento es, desde luego, una variante más leve. En este sentido, además, no tiene nada de metafórico. En lugar de una persona que de forma creativa traspasa (*meta pherein*) significados entre fronteras de sentido aceptadas, aquí una persona se ve físicamente empujada a atravesar fronteras por fuerzas que escapan a su control. Sin embargo, todas nuestras vidas están plagadas de formas de aprehendernos a nosotros mismos y a los demás (¿qué es una frontera?, ¿y una persona?), de tal suerte que, desde el primer momento, ha de introducirse un uso secundario y metafórico del desplazamiento: el sentimiento de sentirse extranjero y fuera de lugar, un malestar generalizado que a veces llega a la desesperación y que tan intrínseco parece a la experiencia de la modernidad. Marx, por supuesto, encontró la raíz de la alienación en el proceso de trabajo. El fino crítico de la primera democracia de masas, Thoreau, postulaba que la mayoría de las personas vive vidas llenas de discreta desesperación, pero este sentimiento ha sido articulado con mayor frecuencia por y en referencia a intelectuales, de Nietzsche a Said, pasando por Sartre.

Sin embargo, esto depende de cómo definamos a los intelectuales. Sociológicamente, han sido caracterizados como personas de clase media, en su mayoría licenciados universitarios, que «producen, distribuyen y preservan distintas formas de conciencia» –imágenes, historias, conceptos²–. Sin embargo, en otro sentido, cualquier persona es un intelectual en

¹ Quisiera agradecer a Carlo Pagetti, Chang Hueikeng, Carla Dente, Laura Matteoli, Patrick Parrinder y Marc Angenot su aportación de materiales y comentarios críticos. Ni que decir tiene que las opiniones, así como los eventuales errores, han de achacarse a mi persona. Las cifras de los «nacidos en el extranjero» para 2002 han sido extraídas de «Factfile: Global Migration», <http://news.bbc.co.uk>.

² C. Wright Mills, *White Collar*, Nueva York, 1953, p. 142; pero véase también David Noble, *America by Design*, Nueva York, 1977, y Barbara y John Ehrenreich, «The Professional-Managerial Class», en Pat Walker (ed.), *Between Labor and Capital*, Boston, 1979.

potencia en la medida en que intenta articular significados y dar sentido a las fuerzas que configuran nuestras vidas, tal como lo expresaran Brecht y Gramsci, asociando una viva preocupación por el conocimiento y la libertad. Para el propósito de este escrito tendríamos que diferenciar entre dos polos: por un lado, el de los intelectuales *críticos* y, por el otro, el de quienes Debray ha denominado intelectuales *reproductivos* o *distributivos*: los ingenieros de los recursos materiales y humanos; publicistas y profesionales del diseño; los nuevos obispos y cardenales del clero; la mayoría de los abogados: dicho de otra manera, los mercenarios «orgánicos», para los cuales el cinismo posmoderno hace las veces de excusa necesaria. La mayoría de los intelectuales distributivos trabajan para reproducir, en uno u otro ámbito, los medios de represión psicológica. Los intelectuales críticos, aquellos que producen nuevas formas de conciencia y de inconsciente, son los más susceptibles de verse enajenados de los regímenes de hoy en día, de sentirse lo que se suele denominar «emigrados dentro de las propias fronteras» o exiliados no declarados.

No obstante, se trata de una categoría demasiado ambigua para ser utilizada al comienzo de una investigación del desplazamiento «realmente existente». La metáfora «todos los pensadores modernos son exiliados» podría tender, por el contrario, a ocultar el hecho brutal de los cuerpos no sólo psíquica sino físicamente exiliados, así como las nuevas formas de sentir, de pensar y de vivir que ello acarrea; a eludir la experiencia de las gentes trabajadoras y pisoteadas. La metáfora es de origen cristiano, y hace referencia a la expulsión del Edén; asimismo, la insistencia casi cristiana en la alienación del alma después de la Caída parece oscurecer «lo verdaderamente horroroso: que el exilio es irremediablemente secular e insoportablemente histórico; que es producido por seres humanos para otros seres humanos»³. Así, pues, quiero dejar en suspenso la metáfora, conservándola no obstante en la memoria para un uso posterior, porque ilumina magníficamente, en primer lugar, algunas facetas centrales de la fenomenología del sentido íntimo del exilio, de la alienación existencial o de la oposición que la mayoría de las personas desplazadas experimentan hacia el lugar del que han sido desplazadas y al que han sido desplazadas; y, en segundo lugar, algunos de los usos cognitivos y creativos a los que puede ser sometido el desplazamiento.

En consecuencia, este ensayo intentará en primer lugar establecer una tipología y una breve fenomenología del desplazamiento, para luego considerar algunas de sus aplicaciones a los intelectuales. No aspira sino a una primera orientación en este campo, ya que no aborda factores históricos decisivos como el mercado mundial, las tendencias demográficas o la guerra. Tan sólo aborda las modalidades y consecuencias de un proceso en el que las personas son trasladadas, con mayor o menor renuencia por su

³ Edward SAID, «Reflections on Exile», *Granta* 13 (1984), p. 160; reeditado en *Reflections on Exile and Other Essays*, Cambridge, Mass., 2000.

parte, de una sociedad original a una nueva y, al menos al principio, extraña. Por lo tanto, apenas tratará la cuestión acerca de cómo la sociedad «de acogida» trata a estas personas (asilo, etc.), y no abordará en absoluto las modalidades y consecuencias de su regreso a la sociedad «de origen», cuando esto sucede; tampoco lo hará sobre las importantes repercusiones económicas y políticas de las comunicaciones entre esa diáspora y su origen.

Elegir e irse

«Toda persona a la que se le impide volver a casa es un exiliado», escribió Edward Said –en tanto que árabe palestino nacido en una familia cristiana e intelectual crítico, un *addetto ai lavori* [entendido] donde los haya– en su ensayo de 1984 «Reflections on Exile». Said continúa tratando el tema de los refugiados y los emigrados, razón por la cual me servirá de sus observaciones y de las de otros autores para construir una tipología como guía en el laberinto de lo que, de forma provisional, denominaré *desplazamiento forzado*. Sin embargo, aquí el término «exiliados», que en un sentido lato puede comprender también a los refugiados y los emigrados, será adoptado en el sentido preciso de personas obligadas a abandonar su sociedad de origen por razones políticas (aunque en algún momento se haga necesario utilizarlo para designar a toda la categoría de «personas desplazadas por la fuerza»).

Para verse impedido de regresar a casa, antes uno debe haberse visto bajo presiones y circunstancias que hacen imposible la vuelta, aunque el individuo particular puede no ser plenamente consciente de tal situación. Una categoría afín pero completamente distinta desde el punto de vista experiencial y existencial es la de los *expatriados*, de la que participaban mis colegas del Cambridge Club de la Toscana y Umbria, que se trasladaron de Inglaterra a las tierras aún más verdes y agradables de Italia para trabajar y, en la mayoría de los casos, contraer matrimonio. En palabras de Said, «los expatriados viven voluntariamente en un país extranjero», uno de cuyos grupos mejor conocidos es tal vez el de los estadounidenses en París después de la Primera Guerra Mundial: Hemingway, Fitzgerald, Dos Passos, Stein, Miller; y los casos algo más complejos de sus compatriotas negros, como Baldwin y Wright, o los de los irlandeses como Joyce y Beckett. Los expatriados puros son aquellos que pueden regresar y, por regla general, al final regresan, cuya alienación física y metafórica de su madre patria es, por lo tanto, tan exhaustiva como para hacerse permanente. «Los expatriados pueden compartir la soledad y el extrañamiento del exilio, pero no padecen sus rígidas proscripciones»: conservan los derechos de su Estado-nación original y se libran de la sensación de una separación o expulsión infinitamente duradera y muy posiblemente definitiva de la sociedad de su aculturación juvenil⁴. En un sentido más lato,

⁴ E. Said, «Reflections on Exile», art. cit., p. 166.

aquellos que ejercen el poder, así como los misioneros de las colonias, también son expatriados⁵. El último avatar del administrador colonial es la clase ascendente de los técnicos de elite de la globalización capitalista: banqueros internacionales, planificadores, diseñadores de políticas, contables y empleados de ONG que van de una ciudad a otra por los cinco continentes. Sin embargo, casi todos aspiran a volver a casa con un mejor *status*, y no tienen nada que ver con el tema que discutimos. Por último, los expatriados nos recuerdan que la posibilidad de trasladarse a un nuevo emplazamiento puede ser bastante positiva, y que así puede ser para un cierto número de personas desplazadas procedentes de categorías menos afortunadas. Por desgracia, debemos afrontar en primer lugar el aspecto más triste del desplazamiento.

Una tipología de la partida

Así, pues, la precondition para hablar de esta categoría es la existencia de personas que crecen y se ven aculturadas en una sociedad nacional, con sus *mores*, lenguajes, vistas, sonidos y el resto de los tesoros de la experiencia de la juventud, y que se desplazan para vivir en otro país sin tener la certidumbre de la vuelta. Con frecuencia, estas personas, sobre todo los intelectuales, se desplazan a otros lugares: Joyce a París, Italia y Suiza; Nabokov a Alemania y Estados Unidos. Aquí es preciso establecer una primera distinción entre los que denomino exiliados individuales –aunque, como sucede con los Joyce, a menudo se trata de una familia nuclear– y los éxodos múltiples o masivos, realizados por los que denomino refugiados. Si llamamos «O» a la sociedad de origen, y «S» a la nueva y extraña, llegamos a esta visión de conjunto inicial:

Cuadro 1

EXILIADOS	O → S	Partida individual, razones políticas
REFUGIADOS	O → S	Partida masiva, razones políticas
EXPATRIADOS	O ↔ S	Partida única, razones ideológicas y / o económicas
EMIGRADOS	O → S	Partida masiva, razones económicas (sólo a veces O ↔ S)

La tipología puede representarse también como un cuadrilátero levi-straussiano de 2 x 2 parámetros, en el que figuran REGRESO: *posible e imposible* y PARTIDA: *individual o masiva*, como en el Cuadro 2:

Cuadro 2

PARTIDA	REGRESO		
	<i>Individual</i>	<i>Posible</i>	<i>Imposible</i>
		Expatriados	Exiliados
	<i>Masiva</i>	Emigrados	Refugiados

⁵ Véase A. R. JANMOHAMED, «Worldliness-without-World, Homelessness-as-Home», en Michael Sprinker (ed.), *Edward Said: A Critical Reader*, Oxford, 1992, pp. 96-120.

Es posible expresar algunas reservas. En primer lugar, toda vez que estos términos son tratados por discursos incompatibles (por ejemplo, los de la burocracia policial y la filosofía social), y son en cualquier caso variables históricas, cabe dudar de que podamos elaborar una tipología completamente viable. No obstante, parece imposible avanzar sin una visión de conjunto inicial; siempre que y cuando se pueda llegar a nuevos descubrimientos, podremos desechar este conjunto.

En segundo lugar, en la columna de la derecha, REGRESO IMPOSIBLE, tanto los exiliados como los refugiados fueron arrancados de sus países originales por los poderes políticos, y pueden diferenciarse aquí tan sólo en tanto que *exiliados* individuales más o menos importantes (como los helenos condenados al ostracismo y otras víctimas de la autoridad que fueron desterradas), contrapuestos a los *refugiados*, «que sugieren grandes tropes de personas inocentes y aturridas que requieren asistencia internacional urgente»⁶. Sin embargo, en realidad las condiciones de desplazamiento forzado difieren marcadamente entre los exiliados –que por lo general están en condiciones de elegir al menos el día de partida y pueden comprarse un billete de tren, de barco o de avión que les ponga al otro lado de la frontera– y los refugiados, que a menudo ascienden a decenas de miles de personas o incluso millones, arrancados de sus lugares de residencia por el temor a una muerte inminente y que escapan sirviéndose de cualquier medio improvisado que tienen a mano. Ciertamente, una vez que los refugiados llegan a «S», pueden ser internados en campos de refugiados, que amenazan con convertirse enseudohogares permanentes (como en el caso de los refugiados palestinos, serbios de la Krajina, o kosovares), o pueden dispersarse y tornarse estadísticamente indistinguibles de los exiliados importantes. Sin embargo, en ambos casos, lo más probable es que los refugiados pertenezcan preponderantemente a las clases trabajadoras (por regla general campesinos y artesanos) y pequeños comerciantes. Los exiliados, no obstante, eran en la época clásica miembros o satélites inmediatos de las clases superiores (el político Alcibiades, el poeta Ovidio) y en la época moderna son políticos o intelectuales (ambos se funden en Marx, Lenin y Trotsky), de ahí que no falten poetas, como Brecht, Neruda, Hikmet o muchos españoles después de 1939. Los exiliados y algunos refugiados no pueden volver –a no ser que se arrepientan– hasta que el horizonte político de «O» cambie suficientemente (para los refugiados), como en el caso de los desertores de la guerra de Vietnam en Canadá y Europa, o (en lo que atañe a los exiliados) cambie radicalmente, como en los casos de Jomeini y Soljenitsin.

En tercer lugar, la columna del REGRESO POSIBLE suscita demasiadas dudas. Habida cuenta de que los expatriados, por regla general, pueden volver a «O» cuando lo desean, tal vez pertenezcan a un epiciclo de esta tipología; son considerados aquí no sólo porque resultan interesantes para los

⁶ E. Said, «Reflections on Exile», art. cit., p. 166.

estudiantes de literatura, artes y ciencias, sino porque la comparación con los desplazados a la fuerza podría resultar de cierta utilidad. El término «emigrado» –que evoca a irlandeses, italianos, judíos y con posterioridad latinoamericanos y otras migraciones a Estados Unidos– no es utilizado en el sentido técnico o burocrático de alguien que emigra a un nuevo país, sino que queda restringido a los desplazamientos de masas, principalmente por razones económicas. Tales emigrados, que siguen la máxima *ubi bene ibi patria*, no se ajustan del todo a la división entre REGRESO POSIBLE O IMPOSIBLE: habida cuenta de que se van para escapar de la pobreza (por lo general asociada a un *status* político subalterno, pero sin resultar idéntica a una expulsión política directa), aquellos que alcanzan un cierto bienestar económico pueden volver, con frecuencia ya viejos, y de ser posible para encontrarse con los familiares que todavía conservan allí. No obstante, esto no se sostiene en lo que atañe a la masa de emigrados; y el hecho de que la posibilidad o la imposibilidad de volver continúe siendo tan importante desde el punto de vista existencial y, por lo tanto, también desde el punto de vista psicológico, puede justificar, teniendo en cuenta el propósito del presente artículo, la conservación de esa columna.

En cuarto lugar, la discusión anterior lleva a la conclusión de que los desplazamientos «individuales» (expatriados y exiliados) pertenecen principalmente a las clases superiores o medias-superiores, desplazadas por el ascenso de nuevos grupos de poder, mientras que los desplazamientos «masivos» (emigrados y refugiados) pertenecen principalmente a las clases bajas o medias-bajas, desplazadas por un deseo de mejora económica o por miedo de represalias de grupo. Los expulsados a la fuerza, exiliados y refugiados, van allí donde puedan encontrar seguridad; los emigrados a los que mueve un impulso económico se trasladan, por regla general, de la periferia global a la metrópolis, mientras que los expatriados son arrastrados allí donde las condiciones de trabajo son mejores. Sin embargo, al final, la política es inseparable de la economía. Si los pasos de fronteras por parte de exiliados y refugiados pueden ser calificados a grandes rasgos de desplazamientos políticos, mientras que los de los expatriados y emigrados son principalmente de orden económico, no debemos olvidar que, en el primer caso, la expulsión política se ve casi siempre acelerada por la expectativa de ventajas económicas para aquellos que se quedan (como sucede con el antisemitismo); mientras que, en el segundo caso, el estímulo económico para irse puede estar profundamente entrelazado con la falta de poder y la alienación ideológica.

Cuando un factor, político o económico, no es inmediatamente manifiesto, por regla general está al acecho en la parte de atrás. Ambos acarrear actitudes ideológicas, articuladas de manera bastante consciente en el caso de los intelectuales. Henry James, T. S. Eliot y Joseph Conrad se establecieron en Inglaterra, «huyendo», como sugiere irónicamente Eagleton, «de la falta de orden establecido y de costumbres civilizadas en el resto del mundo»; la huida del desorden de Pound le llevó a expresar su lealtad al fascismo. París, mientras tanto, parecía haber atraído principalmen-

te a rebeldes y disidentes⁷. Entre estos polos quedan comprendidos muchísimos escritores y artistas que se establecieron en Francia, Gran Bretaña y luego Estados Unidos, antes y después de la Segunda Guerra Mundial: de Wittgenstein y los pintores neoyorkinos a Rushdie, Ishiguro y Mo.

En quinto lugar, exiliados y refugiados, que no ven ninguna posibilidad de regreso, han tomado la decisión de partir tras haber sido forzados a ello: su aportación fue, en el caso de los exiliados, a lo sumo *en amont*, esto es, en la decisión muy anterior de adoptar determinadas posiciones políticas; en el caso de los refugiados, la aportación suele ser nula: sencillamente nacieron serbios, hindúes o palestinos, y fueron obligados a marcharse por los poderes políticos que luchaban por una nación monolítica en unos nuevos e independientes Croacia, Pakistán o Israel. Sin embargo, considerado desde otro ángulo, la partida es para los exiliados y expatriados, como queda indicado en el Cuadro 1, una decisión singular desde el punto de vista existencial (aunque claramente influenciada por otras personas); pero para refugiados y emigrados se trata de una decisión tomada en serie o *en masse*. Aquel que decide se convierte, a su vez, en parte de una colectividad *a posteriori* una vez que se halla en «S», donde tanto los exiliados como los expatriados constituyen (diferentes) subgrupos reunidos por el lenguaje, la política y el destino; y a veces por la profesión, como en el caso de los físicos del Proyecto Manhattan o los exiliados europeos en Hollywood en la época de Hitler (esta última comunidad, en su mayor parte de habla alemana, se sintió muy extrañada ante los expatriados de habla inglesa como Huxley e Isherwood).

Por supuesto, hay muchas zonas grises e híbridas. El *status* puede cambiar con las vicisitudes del tiempo: Picasso comenzó como un expatriado entusiasta llegado a las resplandecientes luces de París, pero después de la llegada al poder de Franco se convirtió en exiliado. Shelley, Byron y su círculo, incluidas Mary Shelley y Claire Clairmont, estaban (en cierto modo como Wilde después de su juicio) a mitad de camino entre los exiliados y los expatriados; los varones probablemente más cerca del exilio, de ahí la exclamación de Shelley: «¡Tú, Italia, paraíso de los exiliados!»⁸. Una vez más, muchos refugiados pasan a serlo cuando temen que serán expulsados o encarcelados si no se van: las filas de los vencidos en las guerras civiles, por ejemplo.

Tales zonas grises en las que se producen desplazamientos de posición suceden en muchos casos individuales. Por mencionar el que mejor conoz-

⁷ Véase Terry EAGLETON, *Exiles and Emigrés*, Londres y Nueva York, 1970, p. 15; y Pascal CASANOVA, *The World Republic of Letters*, Cambridge, MA, 2005; véase también *NLR* 31, pp. 82-83.

⁸ Percy Bysshe SHELLEY, *Julian and Maddalo* l: 57; citado en Christine Brooke-Rose, «Exsul», en Susan Rubin Suleiman (ed.), *Exile and Creativity*, Durham, NC, y Londres, 1998, p. 9. ¡Cómo han cambiado los tiempos desde 1818, con la exacerbación y la miniaturización de los nacionalismos entre Bonaparte y Bossi!

co, el mío: de niño, era un refugiado en la Italia liberada de la ocupación fascista alemana e italiana de Yugoslavia. Siendo estudiante, fui un expatriado por poco tiempo en Inglaterra, Francia y Estados Unidos. Luego, ya adulto, fui medio expatriado y medio emigrado como profesor universitario en Norteamérica; hasta que, después de siete años, me di cuenta de que tan sólo era un emigrado. Por último, tras el hundimiento de la República Federativa de Yugoslavia, cuando el ministado croata que surgió de aquella negó la ciudadanía a mi esposa, nacida bosnia y bautizada en la religión ortodoxa, y después de mi retiro a Italia, soy en la actualidad un expatriado de Canadá, que me ha concedido su ciudadanía. La cuestión del significado de todo esto debería esclarecerse a medida que nos adentremos en la psicología fenomenológica del desplazamiento.

Naciones y fronteras

Por último, aunque resulta absolutamente fundamental, la tipología propuesta depende históricamente del ascenso de los Estados-nación: tanto en el caso de «O», el lugar determinante de la aculturación juvenil, como en el de «S», la instancia determinante de plena, parcial o no aceptación para los desplazados. A veces se olvida que la definición que Anderson da de la nación, justamente celebrada, como «una comunidad política imaginada», añade que la nación es una comunidad «limitada y soberana». La soberanía señala perfectamente las reivindicaciones absolutistas de la nación, que no son menores que las que las teocracias imponen a sus adherentes; aunque los límites de la «superficie cerrada» e «impermeable» de la nación moderna son mucho más estrictos que en los Estados prenacionales⁹. Sin duda, antes de ello hubo proporcionalmente otros tantos exiliados: casi todos los grandes poetas chinos se las arreglaron para ofender a la corte imperial tanto como Ovidio, mientras que las lides políticas produjeron exiliados, tanto papas, en el caso de Gregorio VII, como gente más modesta, en el caso de Dante. Pero los expatriados implican ya una idea de *patria* en gran parte ausente de las formaciones políticas más abarcadoras –unificadas en parte por un lenguaje escrito oficial, no basado en la etnicidad– de la Antigüedad tardía, y sobre todo de la Edad Media. Teócrito podría buscar el patrocinio de déspotas tanto sicilianos como alejandrinos; clérigos, capitanes mercenarios, filósofos y músicos se desplazaban con facilidad atravesando la cristiandad o el islam medievales. (Al mismo tiempo, los siervos no podían moverse del terruño bajo ningún concepto, mientras que masas de esclavos procedentes de guerras e incursiones eran transportados a decenas de millares.)

⁹ Benedict ANDERSON, *Imagined Communities*, Londres, 1991, p. 6; véase también George MOSSE, *The Nationalization of the Masses*, Nueva York, 1977. Acerca de la «superficie cerrada» del Estado-nación, véase Carl SCHMITT, *Das Nomos der Erde*, Colonia, 1950, p. 99 [ed. cast.: *El nomos de la tierra en el derecho de gentes del ius publicum*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1979].

La experiencia moderna aportó un nuevo vocabulario. Mientras que las *congeries* tribales siempre se desplazaron en grandes migraciones a través de las estepas y los mares, los refugiados masivos de «O» a «S» parecen comenzar con el ascenso de la burguesía, el Estado-nación y sus correspondientes guerras de religión: la expulsión de los hugonotes de Francia y la emigración de Inglaterra de los puritanos; le siguieron emigraciones masivas a medida que fue creándose el primer mercado hemisférico completo en torno al Atlántico; y culminando con los grandes desplazamientos de población a través de casi todas las fronteras en el siglo xx, desde 1918 hasta nuestros días desgarrados por la guerra. Las narrativas nacionalistas cultivan su pequeña verdad sectaria y monolítica, que muestra menor tolerancia hacia los demás que, por ejemplo, el Imperio otomano, donde la mayoría de los grandes visires fueron no otomanos islamizados.

Después de 1918, la constitución de Estados en Europa central y oriental con grandes «minorías nacionales», a menudo procedentes de países vecinos, se vio acompañada de grandes migraciones de refugiados, inconmensurables con los exiliados individuales del periodo anterior; la experiencia se repitió a una escala aún mayor en África y Asia después de 1945. Las alternativas impuestas a los refugiados, sostenía Hannah Arendt, eran la repatriación, que en la mayoría de los casos resultaba impracticable; la «naturalización», un revelador burocratismo que implica que el sello oficial de la ciudadanía, concedido por «S» a personas procedentes de «O», anulaba la «antinaturalidad» de los extranjeros; o, con mayor frecuencia, la despreciaba, abandonando a los refugiados en un limbo de semilegalidad, donde a menudo «el único sustituto práctico de la patria inexistente era un campo de internamiento»¹⁰. Mientras tanto, bajo las condiciones de la globalización capitalista, los emigrados económicos más pobres han descubierto que la «libre» circulación tan sólo se aplica, a escala descendente, a las finanzas, a las mercancías, a la información y (en último lugar) a las personas. Basándose en las estimaciones más moderadas, al menos 3.500 inmigrantes murieron intentando penetrar en la Fortaleza Europa entre 1993 y 2002, mientras que encontramos una situación parecida a lo largo de los más de 2.400 kilómetros de la frontera que separa a Estados Unidos de América Latina.

Una fenomenología de la inmigración

«La subjetividad o interioridad del inmigrante o el exiliado está formada e informada por la totalidad de su cultura “natal”. Cuando los individuos acceden a una nueva sociedad, experimentan un abismo fundamental entre la cultura extranjera y el sí mismo (in)formado en otro lugar: los

¹⁰ Hannah ARENDT, *Imperialism*, 2.ª parte de *The Human Condition*, Nueva York y Londres, 1973 (escrito en 1945-1949), p. 284 [ed. cast.: *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 1998]. Las personas «expulsadas de todas las comunidades políticas [...] han perdido todas aquellas partes del mundo y todos aquellos aspectos de la existencia humana que son el resultado de nuestra labor común», concluye Arendt.

sujetos colectivos e individuales dejan de coincidir»: esta precisa puntuación de JanMohamed puede arrojar luz sobre la negociación vivida entre «O» y «S» que hace de los inmigrantes lo que son¹¹. Arendt particulariza esa experiencia a partir del exilio del régimen hitleriano:

Perdimos nuestros hogares, y con ellos la familiaridad de la vida diaria. Perdimos nuestras ocupaciones, y con ellas la confianza en que somos de alguna utilidad en el mundo. Perdimos nuestro lenguaje, y con éste la naturalidad de las reacciones, la sencillez de los gestos y la expresión sin afectación de los sentimientos¹².

Se trata por lo general de una «tristeza esencial [que] nunca se supera»; los inmigrantes «sienten su diferencia (por más que a menudo la exploten) como una especie de orfandad», aunque puede paliarse en los casos en los que se produce una inserción más afortunada en «S»¹³. En lo esencial, un inmigrante tiene dos opciones: la «soledad experimentada fuera del grupo» de Said, o la envoltura dentro de una pequeña colectividad de compatriotas, hablantes de la lengua anterior al desplazamiento. Esto último sucede menos en el caso de los exiliados (que a menudo son más arrogantes y capaces de arreglárselas por sí solos), excepto en los casos de políticos que preparan su regreso dentro de un grupo pequeño. Sin embargo, ambas elecciones suponen enormes costes psíquicos, evidentes en el caso de la soledad, pero tan altos –aunque diferentes– en el aferrarse inevitable a las devociones patriarcales de «O». Los inmigrantes están constantemente amenazados por el destino que Aristóteles reservaba a aquellos que no pertenecían a la *polis*: remedar a los dioses o a las bestias.

Pertenecer: ¿a qué, cómo, a qué precio? Éste es el problema central para el inmigrante. Muchos intelectuales en el exilio, y algunos refugiados o emigrados más jóvenes, pueden tener la buena suerte de encontrar un lugar en una profesión o un negocio y, en efecto, la inserción en el proceso de trabajo en un ámbito razonable es probablemente la clave de la supervivencia psicológica. Unos pocos exiliados pueden canjear sus conocimientos políticos pasándose al enemigo, como Temístocles con Artajerjes, o los tráfugas del KGB a la CIA; un cierto número de emigrados puede ser experto y bienvenido en el país de acogida, como los especialistas en cohetes de Hitler que trabajaron para el Ejército Rojo o el Pentágono. No obstante, salvo estos desplazamientos dorados, la mayoría de los inmigrantes, y sobre todo los refugiados que no tienen la certeza de si la sociedad o el mercado de trabajo les quiere, se enfrentan al problema básico de la

¹¹ JanMohamed, «Worldliness-without-World», art. cit., p. 107. Aquí hablaré sólo de las personas desplazadas a «S» contra su voluntad; su regreso a «O», si y cuando sucede, precisa de consideraciones aparte.

¹² Hannah Arendt, «We Refugees», publicado originalmente en *Menorah Journal* 1 (1943); citado en Sharon Ouditt (ed.), *Displaced Persons: Conditions of Exile in European Culture*, Aldershot, 1992, p. 116.

¹³ E. Said, «Reflections on Exile», art. cit., pp. 159, 167.

supervivencia económica. Las actividades ilegales –prostitución, tráfico de drogas, pequeña delincuencia– pueden ser la forma de trabajo más accesible, sobre todo si el gobierno de «S» les empuja a la posición de habitantes de segunda categoría, negándoles la integración, la formación, permisos de trabajo, etc. En tales casos, los inmigrantes se ven obligados a cumplir las profecías de los chovinistas de «S», que les consideran una amenaza. Tal como lo expresara Freud con un juego de palabras: aquellos que están sin *Heim* [hogar, casa] son *unheimlich* [siniestros, inquietantes]: para el burgués cómodamente asentado, hay algo «extraño» en quienes no tienen casa y están de paso.

La espada y la pared del dilema del inmigrante, que oprimen con mayor dureza a los exiliados y los emigrados intelectuales, son la asimilación o bien la adopción intransigente y a veces hosca de la marginalidad. La asimilación abre perspectivas de éxito en «S», lo que a menudo significa volverse más papista que el Papa: el camino emprendido por T. S. Eliot, que se reinventó a sí mismo como un anglocatólico conservador; por Kurt Weill, que se metamorfoseó en un compositor de Broadway; o por Edward Teller, que se recreó a sí mismo como un halcón de la Guerra Fría; por no citar a Brzezinski, Kissinger y Albright. La mayoría de los inmigrantes suele preferir sin duda esta opción, sobre todo los emigrados, que no cuentan con grandes razones, políticas o artísticas, para volver a «O»; tal vez menos los refugiados, que pueden intentarlo en varios países. Pero también puede ser, como observa Dubravka Ugresić, tragicómico: el exiliado que se negó a ceder a las intrigas de Atenas debe ahora adaptarse a la corte de Artajerjes¹⁴. La adopción de la marginalidad, la negativa a adaptarse a los modos de pensar y de comportarse dominantes en «S», suele ser característica sobre todo de los escritores expatriados o exiliados, que no quieren perder el lenguaje en el que escriben o las creencias por las que se vieron obligados a irse: Joyce, Brecht o Evgenii Zamyatin, este último igualmente despreciado tanto por las autoridades soviéticas que le dejaron irse como por la colonia de rusos blancos que encontró en París cuando llegó. Los artistas de la palabra en el exilio deben cifrar sus esperanzas en la reivindicación de su obra cuando regresen a «O», gracias a una convulsión política o a la posteridad¹⁵, e inevitablemente se muestran testarudos y a menudo desagradables, como Dante, que utilizaba la eternidad como un lugar para ajustar viejas cuentas.

¿Desplazamiento como privilegio?

¿Hay otro camino, que se sitúe entre la asimilación y la marginalidad y que permitiría al intelectual funcionar tanto en «O» como en «S», o como un

¹⁴ Dubravka UGRESIĆ, «The Writer in Exile», *Thank You for Not Reading*, Normal, II, 2003, p. 136.

¹⁵ Véase el poema de Brecht, «Sobre la denominación de inmigrante»; Bertold BRECHT, *Poems Part Two*, Londres, 1976 [ed. cast.: *Poemas y canciones*, Madrid, Alianza, 1988].

mediador o universalizador, dando un salto mortal entre los cuernos del toro, como los bailarines minoicos *taurokatháfia*? Existen ejemplos históricos de una postura semejante, entre los cuales se cuenta la intervención de Byron (no sólo mediante la escritura) entre Inglaterra y Grecia; o las calles de doble sentido entre la metrópolis imperial y la periferia colonial, forjadas en nuestra propia época por Said, de Estados Unidos, o Stuart Hall en Gran Bretaña (quien, como jamaicano negro, no tuvo problemas con la lengua, pero tuvo que enfrentarse a la xenofobia en sus formas racistas).

Said no sólo desarrolló una práctica, sino también una aproximación a una teoría de los intelectuales de frontera, en tanto que mediadores entre los dos mundos de «O» y «S». Su discusión acerca del desplazamiento conecta directamente con la famosa hipótesis de Georg Lukács en la *Teoría de la novela*, escrita bajo la conmoción tras el estallido de la Gran Guerra, que dice que la novela es la forma literaria de la *transzendente Obdachlosigkeit* del alma, de su «desabrigo transcendental». Se trataba con ello, conforme al juicio que de la misma hiciera Lukács en una perspicaz autocrítica de 1963, de una amalgama de una ética «de izquierda» con una epistemología y, a decir verdad, una ontología «de derecha»¹⁶. A diferencia del poema épico, que era correlativo de un orden (enormemente idealizado) de totalidades sociales estables, con valores claramente prescritos y un modo de vida prácticamente inalterado, la novela después de Cervantes surge de (y pone al descubierto) la experiencia de una sociedad en la que el cambio incesante se ha vuelto la norma. El protagonista desheredado trata de construirse un nuevo «hogar» para sí en el seno de la misma, incorporando algunas de las seguridades que ha perdido. El vocabulario teológico revela a ésta como una versión laica de la Caída judeocristiana, que hace que los habitantes de la Ciudad de la Tierra sean exiliados permanentes de la Ciudad de Dios que anhelan. Como lo expresara Donne en «The Progress of the Soul»:

For though through many straits, and lands I roam
I launch at paradise, and I sail towards home¹⁷.

En Lukács esto está filtrado por las teorías de su maestro Weber acerca del desencantamiento moderno, en realidad de la muerte de Dios. La épica de la Antigüedad sólo conocía el mundo terrestre, mientras que la novela, como épica de aventureros, especuladores y exiliados, comenta Said, «existe porque otros mundos pueden existir», de tal suerte que las conexiones horizontales reemplazan, por así decirlo, al vínculo vertical entre los dioses y los hombres¹⁸. La novela indica para Lukács y Said tanto

¹⁶ Georg LUKÁCS, introducción retrospectiva a *Die Theorie des Romans*, Neuwied, 1965, p. 16.

¹⁷ «Aunque por muchos estrechos y tierras vagué, / voy rumbo al Paraíso, y navego en dirección a casa.» [N. del T.]

¹⁸ E. Said, «Reflections on Exile», cit., p. 167. En este sentido, la ciencia-ficción es la materialización de los presupuestos ocultos –los otros mundos– de la novela moderna, lo que los formalistas rusos llaman «el develamiento o la exposición del dispositivo».

el malestar de la *Geworfenheit*, del abandono del mundo, como la lucha del protagonista para conseguir una serena *Geborgenheit*, un amparo. Con arreglo a esta óptica, las andanzas del exiliado excepcional, del nuevo Ulises, suponen un motivo de esclarecimiento y redención: aunque no puede volver a Ítaca, su trágico desplazamiento puede servir para revelar la crueldad del mundo en el que habrá de perecer; o bien puede encontrar una nueva forma de hogar, por más improvisado que sea, que alivie la alienación *unheimlich* [siniestra, inquietante] del alma (como el que Lukács, cuatro años más tarde, después de la terrible carnicería de la Gran Guerra, habría de encontrar en el Partido Bolchevique).

Esto presenta algunas semejanzas con el tema conservador del «cosmopolitismo desarraigado» de los intelectuales modernos, que carecen de un suelo natal en el que arraigarse, pero que brotan como flores del asfalto, o del mal; la filiación nacionalista está ligada en última instancia a la coincidencia de *Blut und Boden* [sangre y suelo], aunque por lo general ese suelo sangriento está oculto por la forma cultural de la naturaleza en Herder, el lenguaje. Sin embargo, un diagnóstico que siga y adapte la tradición de Lukács-Said para nuestros propósitos se desenvolvería de forma muy diferente: las raíces ya no han de encontrarse –en realidad, *no pueden* ser encontradas– en la metáfora de la horticultura; han de buscarse en el tiempo. El magistral *The Country and the City*, de Raymond Williams, rastrea «comunidades conocibles» independientes en Inglaterra hasta finales del siglo XIX: ya no queda ninguna. Así pues, el desplazamiento desde comunidades locales y nacionales que ya no son operativas no acarrea necesariamente cortar con las propias raíces; a decir verdad, podría ayudar, de hecho, a encontrar nuevas raíces.

Parece haber dos orientaciones principales y que no se excluyen mutuamente, encaminadas a la consecución del «alivio, la idoneidad, la pertenencia, la asociación y la comunidad» que Said denomina afiliación¹⁹. Por un lado, las raíces ejemplares de un intelectual pueden encontrarse en otra tradición (lingüística, formal, profesional, etc.): éste es el camino elegido por muchos de los emigrados de primera y segunda generación que buscaron refugio en las profesiones de ingeniero y de científico, aunque también es un rasgo de las humanidades. Por otro lado, paradójicamente, las raíces pueden buscarse en el proyecto de un mundo mejor, por el cual se debe trabajar aplicando las herramientas de la profesión intelectual (aunque no sólo éstas); un futuro, sólo en virtud del cual puede uno, como dijo Fichte, tolerar el presente. Para Said, éste es el intelectual como «conciencia crítica secular», para la que el exilio es emblemático de «una *alternativa* a las instituciones de masas que dominan la vida moderna».

El exiliado sabe que en el mundo secular y contingente los hogares siempre son provisionales. Las fronteras y las barreras, que nos encierran dentro de la

¹⁹ E. SAID, *The World, the Text, and the Critic* [1983], Cambridge, Mass., 1991, p. 8.

seguridad del territorio familiar, también pueden convertirse en prisiones, y a menudo son defendidas más allá de la razón y la necesidad. Los exiliados cruzan las fronteras, rompen barreras del pensamiento y de la experiencia²⁰.

De donde se desprende que, en el estudio de la literatura,

la trayectoria inevitable de la conciencia crítica consiste en lograr analizar con perspicacia qué valores políticos, sociales y humanos supone la lectura, la producción y la transmisión de todo texto... [y esto también implica una relación con] una realidad concreta, acerca de la cual deben hacerse los juicios políticos, morales y sociales²¹.

Si los textos son una forma de actividad humana, necesitan ser puestos en relación con (aunque no reducidos a) otras formas de ésta, tal vez incluso represivas y desplazadoras. Sin embargo, aunque una postura de crítica opositora swiftiana hacia las situaciones sociales concretas puede servir para reconectar los textos y el mundo, Said concluye, no obstante –siguiendo el ejemplo de otro exiliado judío de la *Mitteleuropa*, Adorno–, que el nuevo suelo natal cabe encontrarlo «sólo [...] en la escritura»²².

Esto puede ser correcto desde el punto de vista psicológico; pero a duras penas constituye una alternativa política realista. La propia causa palestina de Said es un buen ejemplo de lo poco que afectan meras palabras a las poderosas instituciones del Estado y a los medios de comunicación de masas. Y él mismo observó hasta qué punto la «cultura, las formaciones culturales y los intelectuales existen en virtud de una red de relaciones muy interesante con el poder casi absoluto del Estado»²³. Para Said, la misión intelectual del exiliado puede funcionar, en la medida en que continúa siendo un artesano solitario, sólo de dos maneras: de forma completamente local, dentro de su profesión inmediata, o de forma ejemplar para propósitos más elevados. En este último caso, volvemos a la metáfora del exilio que dejamos en suspenso al principio: la persona desplazada, representada por la oposición ejemplar del o de la intelectual, regresa para hacerse cargo de los males del mundo e intentar trazar un camino de éxodo para las generaciones futuras.

La metáfora del intelectual como exiliado sigue siendo sumamente ambigua. Por una parte, la identidad elegida de forastero e intruso indica una agradable ruptura con lo establecido: «Permanecer lejos de “casa” para observarla con el desapego del exiliado» es una instancia particular de lo que Brecht llama el «efecto de extrañamiento», de considerarlo todo extraño a no ser que sea sancionado por valores razonados. Esto implica considerar las cosas no sólo como son, sino «como han llegado a ser de esa

²⁰ E. Said, «Reflections on Exile», art. cit., p. 170.

²¹ E. Said, *The World, the Text, and the Critic*, cit., p. 26.

²² E. Said, «Reflections on Exile», art. cit., p. 170.

²³ E. Said, *The World, the Text, and the Critic*, cit., pp. 169, 176-177.

manera: contingentes, no inevitables [...] el resultado de una serie de elecciones históricas hechas por seres humanos». Y, en efecto, la insistencia de Said en que, mediante el uso creativo de una identidad personal desplazada, el o la intelectual puede convertirse en un crítico bien informado en las tierras fronterizas entre las secciones más pobres y más ricas del mundo, en «ambos lados de la línea divisoria imperial», es, a mi juicio, bastante brechtiana y correcta. En tal caso, el desplazamiento forzoso se convierte en «un modelo para el intelectual que se ve tentado, e incluso acosado y abrumado, por las recompensas de la componenda, del asentimiento, la adaptación»²⁴. Y además:

El exilio, lejos de ser el destino de desgraciados prácticamente olvidados [...] se convierte en algo más afín a una norma, una experiencia del cruce de fronteras y de la exploración de nuevos territorios, desafiando los cercamientos canónicos clásicos, por más que su pérdida y su tristeza deban ser reconocidas y hechas constar²⁵.

De hecho, en *Culture and Imperialism* Said llega incluso a afirmar que es posible «considerar al intelectual como el primero que destila y luego articula las situaciones terribles que desfiguran la modernidad: deportaciones masivas, encarcelamientos, traslado de poblaciones, desposesión colectiva e inmigraciones forzadas». Y, por último:

Esa liberación es una misión intelectual, nacida en la resistencia y la oposición a los confinamientos y las devastaciones del imperialismo, se ha desplazado ahora de la dinámica consolidada, establecida y domesticada de la cultura, a sus energías desamontonadas, descentradas y exiliadas, energías que hoy encarna el migrante, y cuya conciencia es la del intelectual y el artista exiliados, la figura política entre dominios, entre formas, entre hogares y entre lenguajes²⁶.

No pasará desapercibido que Said adjudica aquí una enorme responsabilidad a este nuevo y privilegiado agente de liberación, que sustituye al privilegiado proletariado ideal de Lukács, a la privilegiada mente andrógina de Virginia Woolf (en *Una habitación propia*) y a la opción privilegiada por los pobres de la Teología de la Liberación. Sin embargo, podemos estar seguros de que incluso un buen montón de intelectuales migrantes sería inadecuado para impedir las devastaciones tan bien denunciadas por Said, a no ser que se asociara a una cuidadosa alianza con algún movimiento de masas, en la que él mismo se internó en la práctica, pero que nunca llegó a teorizar. A Said no se le escapaba esta cuestión, pero prefirió mantenerla en un segundo plano: «El exilio, en palabras de Wallace Stevens, es “una mente de invierno” en la que el *pathos* del verano y el

²⁴ E. Said, «Reflections on Exile», cit., p. 170; «Intellectual Exile: Expatriates and Marginals», *Grand Street* 12, 3 (1993), pp. 122-124; *Culture and Imperialism*, Nueva York, 1993, p. XXVII [ed. cast.: *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama, 1996].

²⁵ E. Said, *Culture and Imperialism*, cit., p. 317.

²⁶ E. Said, *Culture and Imperialism*, cit., pp. 332-333.

otoño, así como el potencial de la primavera, están cerca pero resultan inalcanzables»²⁷. O, de forma más clara, como en su consideración de Swift: «La escritura intelectual sobresale en el espacio y el tiempo, pero al final sus ocasiones están controladas por el poder real». Esto nos deja, además de la necesidad indudable de la filología, una combinación de indagación epistemológica, que investiga las «condiciones intrínsecas en las que el conocimiento se hace posible» postulado por Said, y unas alianzas políticas externas a la crítica en sentido estricto, pero que se hacen posibles y fructíferas gracias a la actitud de oposición. Para tal empresa, no hacerse acompañar de una comprensión de las oposiciones etnoculturales que son también, y de forma central, oposiciones de clase, resulta contraproducente²⁸.

Más aún: los ecos cristológicos del migrante y del intelectual sufriente son como un lustre liberador sobre las perspicaces observaciones de Said: ese desplazamiento exiliador es irremediamente secular e histórico, es producido deliberadamente por quienes detentan el poder para ser padecido por otros grupos o clases de seres humanos agraviados y (tal como lo expresara Adorno) heridos. Si queremos servirnos de las penetrantes observaciones del lenguaje teológico, entonces cada momento y cada persona está en relación directa con la divinidad, de tal suerte que ninguna felicidad futura puede borrar el Aquí y Ahora. De esta suerte, diferentes grupos de menor tamaño, por encima de todo la pareja erótica, son adoptados como paraísos artificiales terrenos, en los que los exiliados podrían estar, en palabras de Milton, «en el Paraíso en los brazos de otro». Pero, por regla general, como repetía la tragedia clásica, el triunfo moral del transgresor se ve al menos compensado por su sufrimiento y derrota. Para aquellos de nosotros que no somos masoquistas, una comedia crítica brechtiana o aristofánica podría ser mejor plantilla, la cual tendría un final abierto, cuyo resultado dependería de todos nosotros.

²⁷ E. Said, «Reflections on Exile», art. cit., p. 172.

²⁸ Véase Aijaz AHMAD, *In Theory: Classes, Nations, Literatures*, Londres, 1992; y el enfoque de Wallerstein, en la segunda parte de Etienne Balibar e Immanuel Wallerstein, *Race, Nation, Class*, Londres, 1998.